

El cuarto

Esa casa siempre tuvo algo que me fascinó. Cuando era un niño que apenas tenía la altura para alcanzar los picaportes, me pasaba horas recorriendo las habitaciones. Corría a una y esta era tan distinta a la anterior que me sentía un viajero entre dimensiones. Un cuarto podía estar colmado de cuadros y el de al lado, lleno de artículos de jardinería. Una habitación de amplios ventanales y piso de madera, junto a una cuyas paredes eran negras y tenebrosas. Los baños podían estar cubiertos de azulejos rojos, verdes o incluso dorados. La cocina estaba provista de estanterías llenas de vajilla oriental y frascos de especias. Sillones de las más diversas formas y colores ocupaban su lugar junto a lámparas que esperaban su turno para ahuyentar la oscuridad. Las galerías y los balcones con baldosas de mármol junto a los hipnóticos motivos en las alfombras de los dormitorios.

Pero la casa también tenía ese cuarto en la esquina. En el piso de arriba, en lo que sería uno de los extremos del edificio, se encontraba una de las tantas habitaciones. Su estructura era bastante simple. Dos puertas, dos ventanas, alfombrado de color beige y unas paredes de color blanco hueso eran sus aspectos estables. Pero lo que distinguía a este de los demás cuartos no eran sus aspectos estables. A medida que crecí y visité la casa, tomé conciencia de una silenciosa mutabilidad. En mi carrera y afán por verlo todo, solía pasarlo por alto, pero eso cambió a medida que pasaron los años y se diluyó la fascinación por los azulejos, la vajilla oriental o las hipnóticas alfombras.

Lo primero que noté fue que nadie usaba ese cuarto. La casa tenía muchos. Tal vez incluso demasiados. Pero de alguna forma, y sin importar lo cómodas que fueran las camas o la forma de sus roperos, siempre había alguien dentro de ellos. Siempre había cosas por limpiar, libros para leer y sillones para descansar. Siempre había un cuarto preparado para esas nobles tareas. Un lugar donde dormir o un lugar donde estar despierto. Un lugar donde esconderse o donde correr con los ojos cerrados. Pero esto no sucedía en el cuarto de la esquina.

No es que el cuarto pasase desapercibido. Las personas se detenían a mirar por las ventanas o hacer algún comentario sobre el color de las paredes. Lo que sucedía es que no parecía tener ninguna función aparente. Nadie pasaba mucho tiempo en él. Nadie nunca se sentaba a comer o pensar

y nunca una pareja bailó descalza en la alfombra beige. De alguna forma, el cuarto no resultaba cómodo para esas tareas.

Lo segundo fueron los muebles. Las estanterías se colocan al alcance de la mano, las macetas en lugares donde llega el sol y los relojes se ubican encima de las puertas. Pero estas reglas no se aplicaban al cuarto de la esquina. Todas las mesas, las de día y las de noche. Todos los electrodomésticos, los nuevos silenciosos y los viejos murmurantes. Instrumentos musicales varios u elementos deportivos. Nada parecía encajar en él.

Como si fuera el síntoma de una enfermedad, las cosas siempre parecían fuera de lugar. Era algo que iba más allá de la forma en que se lo ordenara. Los muebles eran muy pequeños o muy grandes. El color de esa pintura no combinaba o la luz que entraba por las ventanas era insuficiente para esas fotos. Incluso se descartó la posibilidad de usarlo como depósito, pues, incluso el desorden se veía extraño.

Por esto el cuarto captó mi atención. Los muebles cambiaban con las estaciones. Siempre aparecía alguien que sostenía haber encontrado la solución al enigma, pero estas solo desembocaban en nuevas frustraciones. De esta manera, durante años el cuarto se vio sujeto a modificaciones que intentaban convertirlo en algo que no podría ser.

Eventualmente fue vaciado. Se habían agotado las ideas. Se había consultado a expertos y a inexpertos. A jóvenes y adultos. El cuarto no tenía caso y lo mejor que se podía hacer era dejar las paredes desnudas e ignorar el problema.

Fue en ese momento que noté que el cuarto se hacía más pequeño.

Al principio, como era de esperar, nadie se percató. Pero yo estaba embelesado con él y fui el primero en notarlo. Ocurría siempre luego de una noche particularmente silenciosa. Centímetros. Nunca de forma abrupta. Pero pasó el tiempo y los centímetros se hicieron metros. El techo pasó de elevarse por encima de mi cabeza a estar al alcance de mi mano estirada. Luego tuve que agacharme para poder permanecer en él. Posteriormente, tuve que pasar a rastras por la puerta. Finalmente, solo podía ver a través de ella y no pude ingresar más a la habitación.

Decidí que lo mejor que podía hacer era acompañarlo en ese proceso. Comencé a viajar mucho más seguido a la casa y busqué excusas para quedarme a dormir. Habitaciones sobraban. Pasaba mis días leyendo en una silla y notaba como el cuarto me lo agradecía. Sentía que de verdad había algo especial en sus blancas paredes y en la forma en la que la luz se arrojaba en la alfombra.

Las tardes de lluvia pude ver como lloraban las ventanas.





Cuando ya no pude entrar, me senté en la habitación de al lado. Hablaba en voz alta de las cosas que iba a hacer luego o de las cosas que ya había hecho ese día. Le conté cosas graciosas y otras no tanto. Había momentos en los que incluso sentía que yo me hacía más pequeño.

Un día miré por última vez a través de la puerta. Ahí estaban las ventanas y ahí estaba la alfombra beige. Las voces y las huellas de todos los que habían cruzado por él.

Galo Ingnoli